

## El porvenir de los estudios clásicos en la cultura europea \*

Al comienzo mismo de nuestra lección, hemos de confesar la dificultad del tema que nos ha señalado nuestro amigo, el profesor Muñoz-Alonso. Aparte de los riesgos inevitables que comporta todo intento de profecía humana, en el campo de los Estudios Clásicos o de las Humanidades Clásicas carecemos de elementos seguros que permitan predecir el porvenir o las perspectivas que los jóvenes de nuestros días pueden formarse en torno a la cultura clásica del año 2000. Estamos muy lejos de poseer datos concretos como los que posee la medicina, por ejemplo, o la sociología, o la urbanística para permitirnos el lujo de «profetizar» sin error posible lo que la juventud actual ha de conocer acerca de los Estudios Clásicos.

La proliferación de los rascacielos en los Estados Unidos de América y el ritmo creciente de la concentración urbana permiten predecir con seguridad que el año 2000, de los 400 millones de americanos, 320 vivirán en las ciudades. Los adelantos de la medicina y de la cirugía hacen concebir la esperanza, para el año 2000, de trasplante y sustituciones de todos los órganos del cuerpo humano. En una conferencia del pasado mes de mayo, el profesor Paride Stefanini, famoso cirujano de la Universidad de Roma, llegó a hablar de la «nacionalización de los cadáveres» para el año 2000, e incluso de la «anestesia automatizada» y de la «automatización de la reanimación postoperatoria» gracias a los com-

---

(\*) Publicamos en estas páginas la conferencia que, con ligeras modificaciones, pronunció el autor dentro del Curso de verano del IX Foro Juvenil Nacional, en el Castillo de San Servando (Toledo), bajo los auspicios del Consejo Europeo de la Cultura. Agradecemos al Director del Curso, profesor Muñoz Alonso, la autorización para publicarla en «HELMANTICA».

putadores electrónicos que tanta influencia van adquiriendo en todos los campos de la técnica moderna, especialmente en la moderna cirugía. El estado actual de los Estudios Clásicos, con sus intentos de reforma y de orientación pedagógicas, ¿nos permite establecer desde ahora las perspectivas y el futuro que les espera en el año 2000? Creemos que, aun con menos datos que en otras manifestaciones del pensamiento y de la cultura, es posible predecir lo que los Estudios Clásicos serán para la juventud de nuestros días, pasados estos seis lustros que nos separan del siglo XXI.

#### LA CULTURA CLASICA Y EL PATRIMONIO ESPIRITUAL EUROPEO

No hace mucho leía un libro muy interesante sobre la enseñanza comunista en China <sup>1</sup>. Su autor analiza el tema de la pedagogía tradicional china, ininterrumpida durante más de un milenio. La enseñanza había condicionado, en un grado muy elevado, un sistema de conocimientos al que sólo llegaban unos pocos privilegiados de la fortuna. Al comienzo del siglo XX, la penetración de la cultura occidental y el predominio de las influencias europeas han sustituido ese sistema milenario por una enseñanza de tipo intrínsecamente occidental, con marcados influjos anglo-sajones. Los educadores y los dirigentes políticos chinos han rechazado en bloque todo lo que había pertenecido a la enseñanza típicamente china. La ciencia y el modo de vivir y de pensar del occidente europeo se presentaron a sus ojos bajo la forma de la panacea universal para la vida china. El conocimiento del chino literario y la comprensión de los autores clásicos chinos apareció pedagógicamente dudoso e insuficiente para otorgar a China, la China del siglo XX, el lugar que le correspondía en el concierto universal de un mundo preferentemente técnico e industrial.

Según Fraser, tal era la situación cultural de China anterior a la venida del comunismo marxista. El régimen político no se interesa apenas de la cultura occidental, sino que actúa según los valores que se integran en el cuadro chino. Así, la filosofía pedagógica anglo-americana y su enseñanza práctica son sustituidas por una pedagogía que se basa fundamentalmente en principios marxistas, adaptada, como es natural, a la situación actual del pueblo chino. Fraser llega incluso a afirmar que la filosofía de Confucio en estos últimos años ha sido abandonada en el sistema educacional chino porque ya no responde a las exigencias actuales de la técnica y de la industria.

---

1. S. FRASER, *Chinese Communist Education*, Nashville 1965.

Esta pintura acerca de la situación actual de la enseñanza en China puede servir de punto de partida para una consideración inicial sobre el significado de la tradición clásica en nuestra cultura europea.

Stellwag nos invita a una experiencia imaginaria <sup>2</sup>. Pensad por un momento, nos dice, que se han confundido las etiquetas históricas hasta el punto de que el Occidente, que nosotros llamamos Europa, se encuentra culturalmente en la parte inferior de la evolución. Tratemos de representarnos una confrontación, que habría tenido lugar hace ya un siglo, entre nuestra cultura europea y otra cultura esencialmente diversa, pero en realidad superior desde el punto de vista técnico: por ejemplo, una cultura marciana. Imaginemos, por un instante, que nuestro sistema pedagógico y científico, con sus dos milenios de experiencia y con un nivel elevado pero organizado de modo diferente al nuevo sistema, es bruscamente sustituido por una cultura diametralmente opuesta a nuestras creencias y a nuestras convicciones en el dominio de la ciencia del arte, de la religión, de la filosofía y de la moral. En esta experiencia imaginaria, ¿no se crearía después de unos años una oposición contra el nuevo sistema diferente en todos los aspectos? ¿No surgiría en la conciencia del hombre europeo, dominado por la técnica del nuevo sistema, el recuerdo de una cultura, de una unidad cultural anterior? ¿No se intentaría, en consecuencia, una reforma en la enseñanza que reviviría y realizaría la esencia del patrimonio cultural desaparecido, dentro de las exigencias de un mundo en evolución, con las modificaciones y adaptaciones impuestas por el «aggiornamento» del sistema tradicional?

Es evidente que existe una verdadera crisis en los estudios clásicos. Asistimos actualmente a unos momentos decisivos para el porvenir de las ciencias del espíritu, frente a la técnica <sup>3</sup>. Al igual que la filosofía, la sociología, la teología y las humanidades <sup>4</sup>, los Estudios Clásicos se ven comprometidos en su porvenir. No hablemos ya de cuando nuestros alumnos de latín tenían que traducir en exámetros latinos las *Odas* de Fr. Luis

2. Cf. H. W. F. STELLWAG, *De quelle manière les langues classiques peuvent-elles contribuer à la sauvegarde et même à l'extension du patrimoine de l'Europe?*, en *Didactica Classica Gandensia* 1966, 6, pp. 35-49.

3. J. H. Plumb ha recogido una serie de estudios acerca de la crisis que se advierte por doquier, en un volumen que lleva por título *Crisis in the Humanities*, London 1964. En dicho volumen colaboran nueve especialistas ingleses, americanos y franceses.

4. Entendemos «las humanidades» en el sentido amplio en que se emplean en Inglaterra, y no como equivalente a nuestro término de «humanidades clásicas» o estudios clásicos. El concepto inglés se reduce, en última instancia, a la división entre «Arts» y «Sciences», división que tiene sus dificultades en la práctica. Así algunas escuelas inglesas se han visto obligadas a introducir asignaturas complementarias o «balancing studies». Así los alumnos de la rama de «Arts» tienen que estudiar la historia y la filosofía de la ciencia, y el método científico, mientras que los que siguen las «Sciences» siguen cursos especiales sobre literatura, arte, arquitectura, historia y sociología.

de León, ni cuando el que deseaba ingresar en la Universidad debía aprobar los siete cursos de latín del Bachillerato, de los años 1940-1948.

El profesor de los Estudios Clásicos, felizmente, no es un especialista. Tiene que ser, en la mayoría de los casos, profesor de lingüística, historiador, crítico literario, filósofo. En una época en que la «super-especialización» se ve condenada por doquier, el profesor de clásicas está en una situación ventajosa. Pero, mucho más que en otros campos, el estudio de la antigüedad greco-latina sigue los mismos métodos y el mismo sistema de hace años, e incluso siglos. Y por eso, la inmensa mayoría de los estudiantes deja las aulas ignorantes de la civilización antigua, desconociendo la historia, la literatura y la filosofía que fueron sus productos más importantes, y para los cuales la lengua constituyó un vehículo esencial <sup>5</sup>.

Pero, al mismo tiempo, frente a esta crisis en los Estudios Clásicos, asistimos a un fenómeno no menos curioso: el griego y el latín se siguen enseñando en las Universidades y en los Institutos y en los Colegios-Seminarios; no es raro escuchar emisiones de radio o televisión sobre temas clásicos; las agencias de viaje han encontrado en la antigüedad greco-romana temas de atracción para los turistas; las ediciones populares de Homero, de Virgilio y de otros autores latinos y griegos se venden por millares. Finley llega a decir que «en la actualidad se venden más ejemplares de la *Iliada* y de la *Odisea* que cuantos se han vendido en todos los siglos de la antigüedad clásica» <sup>6</sup>.

Que existe una crisis grave en los Estudios Clásicos es cierto, tanto en España como en Italia, Alemania e Inglaterra, países que se han distinguido siempre por el cultivo de las lenguas clásicas. Recuerdo ahora la enconada polémica que ha suscitado la reforma de los programas en la enseñanza italiana, en lo que se refiere al latín. Esta polémica ha contribuido, en este caso concreto, a poner de manifiesto la verdadera función pedagógica y cultural del latín en las escuelas italianas. Entre los que sostenían que el latín era un criterio insustituible de valoración y fundamento de toda la disciplina escolástica —tesis que ha contribuido, tanto en Italia como en España, cuando estaba en vigor y cuando se aplicaba en la práctica, a hacer angustiosa y opresiva esta lengua para miles de estudiantes— y los que consideraban el latín como un lujo cultural y, por lo tanto, supérfluo para la mayoría de los alumnos, ha prevalecido la tendencia a considerar el latín como una guía para la capacidad y para

5. Cf. I. LISTER, *The teaching of the Humanities in the schools*, en *Crisis in the Humanities*, pp. 157-158.

6. Cf. M. I. FINLEY, *Crisis in the Classics*, en *Crisis in the Humanities*, p. 11.

la concretización de expresión, como una introducción y una premisa espiritual y cultural para la educación moderna, es decir, como una disciplina rica de intereses múltiples y capaz de encuadrar las diferentes especialidades dentro de una cultura universal.

Es curioso notar, en la historia de los estudios clásicos, cómo ya a finales del siglo xvii, John Locke admitía la necesidad de la lengua griega solamente para los especialistas. Y el mismo autor defendía que tanto el griego como el latín se podían enseñar de una manera más fácil y más práctica de lo que se hacía en las escuelas de entonces. En el siglo pasado se reconocía la utilidad de la educación clásica incluso para los que se iban a dedicar a la vida pública de la nación, o a la vida de los negocios. Pero a comienzos del siglo xx, los ataques dirigidos contra el latín y el griego fueron lo suficientemente fuertes para que el año 1916 Richard Livingstone escribiera un libro importantísimo y de consecuencias decisivas en la enseñanza inglesa <sup>7</sup>.

En todos estos debates acerca de la importancia de la cultura clásica, sus defensores se sentían siempre en una posición privilegiada, convencidos del nivel elevado en relación con los demás. En nuestros días pocos son los que se atreverían a seguir las ideas de Thomas Gaisford, Dean de *Christ Church* y Regius profesor de griego en Oxford. Se le atribuye esta frase, que condensa toda una mentalidad de la época de comienzos del siglo xix: «Los Estudios Clásicos nos permiten mirar con desprecio a los que no han apreciado sus valores ni participan de sus ventajas». En nuestros días, de aguda crisis en los Estudios Clásicos, hay otras materias que interesan mucho más a los jóvenes estudiantes. El estudio de las lenguas clásicas no presupone una mayor inteligencia ni merece un respeto especial. Por el contrario, los que se dedican a los estudios científicos, técnicos, industriales, etc., van teniendo cada vez más importancia en la sociedad actual.

Es paradójico observar que la educación clásica formal está en crisis e incluso se encuentra en grave peligro de desaparición precisamente cuando está aumentando el interés popular por la literatura clásica, por el arte, por la arqueología, por la antigüedad en general, cuando son cada vez más numerosos los que se sienten atraídos por las ruinas de Grecia o de Roma, por lo que todavía queda de aquella cultura que hasta nuestros días se ha venido reconociendo como la base y el fundamento de la civilización occidental. Por eso, nos atrevemos a pensar que se trata de una crisis pasajera: no todo se ha perdido de cuanto nos ha legado la antigüedad clásica. Si miles e incluso millones de hombres siguen le-

---

7. *A defence of Classical education*, London 1916.

yendo todavía en nuestros días las obras maestras de los griegos y de los latinos, tanto en su original como, sobre todo, en las traducciones de todas las lenguas, ¿no podemos esperar que los hijos de esta generación se persuadan de que es mucho más hermoso leerlos en su original? ¿No es cierto que la escultura griega o latina, todo el pasado greco-romano, es mucho más inteligible con una buena base de conocimiento de la antigüedad?

No hace mucho leía la reseña bibliográfica de una nueva traducción de la *Odisea*. William Golding, autor de la reseña, en un tono despectivo se burlaba de todos los traductores y escribía: «No cabe traducción posible de la poesía. El conocimiento del griego homérico no es una tarea difícil para un adulto de nuestros días». En teoría no está mal la frase. Hay muchos que han pensado así y habrá otros muchísimos que seguirán pensando de igual modo. Y para todos éstos, Homero, Virgilio y todos los poetas de la antigüedad poseerán un sabor especial que no logran descubrir los que se contentan con las traducciones. Pero, en la práctica resulta una pura utopía, y es irrealizable la mayoría de las veces. ¿Quién piensa que hay que aprender el ruso para leer a Tolstoi o a Dostoievski, o que hay que saber el hebreo para leer el Antiguo Testamento, o el alemán para gustar las bellezas que encierran las obras de Goethe o de Heine, e incluso el chino para leer a Confucio?

En algunos medios intelectuales la lengua se ha convertido en un verdadero fetiche, y las traducciones, por buenas que sean, se consideran como auténticos tabúes. Con una mirada retrospectiva hacia el pasado, podríamos preguntarnos ¿cuántos de los españoles, de los europeos de los siglos XVII o XVIII leían habitualmente el griego y el latín, manejaban los autores clásicos en su lengua original? Pese al tan llevado y traído clasicismo<sup>8</sup> de los autores de nuestro siglo de oro, y de los clásicos de otros países, con la sola excepción de los autores del renacimiento, se trataba de una selecta minoría que giraba en torno a los Monasterios o que seguía encerrada en las aulas de la Universidad. Pero nadie más. Sería utópico esperar otra cosa en nuestros días, marcados precisamente por los síntomas de una crisis profunda en casi todos los campos de las ciencias del espíritu. Muy pocos o casi ninguno se atreve a participar de las ideas de William Golding, al menos cuando se expresan en público.

Pero de una o de otra forma, todavía sigue vigente esta actitud. La crisis de los Estudios Clásicos se puede considerar en dos aspectos distintos: en el contenido mismo de la educación clásica, y en la comuni-

---

8. Hemos de entender este término como sinónimo de cultura clásica greco-romana.

cación —más exactamente «falta de comunicación»— que existe entre los especialistas de las lenguas clásicas y la generalidad de la gente, entre ese grupo selecto de profesores o conocedores de la antigüedad y esos centenares de miles que escuchan los programas de radio y televisión sobre temas clásicos y siguen comprando y leyendo los autores griegos y latinos en las ediciones populares.

Con frecuencia hemos oído afirmar, de una manera categórica, que hay que buscar en la literatura y en el arte de los griegos y de los romanos todos los verdaderos valores, morales y éticos, estéticos y literarios, de un hombre civilizado. Por eso nos hemos acostumbrado a pensar en ellos como en la verdadera educación occidental, base de nuestra cultura europea. Es decir, se nos presentan como los modelos en que hemos de aprender cómo hay que vivir, y por qué hay que vivir, con la única excepción de los elementos que solamente el cristianismo puede ofrecer.

Los defensores a ultranza de la educación clásica han visto en la antigüedad los mismos problemas que hoy nos interesan. Livingstone no vacila en afirmar: «los clásicos nos introducen en los problemas de nuestros días». En otra página escribe: «Encontramos en ellos caracteres, situaciones y problemas esencialmente modernos». Incluso llega a decir que «la diferencia entre nuestras clases industriales y los esclavos griegos es más bien de orden espiritual que material». Más aún: «Aristóteles, hace más de 2000 años, estableció las objeciones prácticas fundamentales frente a las teorías socialistas y frente a los esquemas revolucionarios»<sup>9</sup>.

En todo esto puede haber una parte de verdad, pero no hemos de olvidar que las teorías y los valores no se reducen a objetos que yacen encerrados en los libros de consulta y que podemos trasladar a nuestra mente y a nuestro corazón como si fuera una manzana que llevamos a la boca o como una perla que engarzamos en una pulsera. La lectura, como todo sistema de educación es, ante todo, un diálogo. Lo que nosotros aportamos al coloquio es tan importante como lo que captamos en las palabras de nuestro interlocutor. La verdadera educación, la lectura auténtica no puede reducirse a un proceso de impresión, en que todo se reduce a inculcar en el educando o en el lector lo que desde hace siglos se viene repitiendo en los libros. Además de desarrollar las aptitudes y comunicar un fondo de información indispensable, la educación es un proceso de experiencia personal, es un despertar el espíritu de iniciativa y de investigación. Es, en definitiva, la creación de una base para juzgar disciplinadamente. Sólo poseeremos la verdadera edu-

---

9. Cf. FINLEY, *o. c.*, pp. 14-15.

cación cuando hayamos aprendido a pensar por nosotros mismos, a vivir en nuestro propio mundo, y no en un pasado glorioso y mítico.

Fueron precisamente los antiguos griegos los que primero, al menos en Occidente, descubrieron este concepto de educación, y los que nos lo legaron como una de las más valiosas concepciones de la cultura europea. Cuando descubrieron que el hombre no está hecho para aceptar automáticamente las creencias y el peso de la autoridad que ha heredado, es decir, cuando se dieron cuenta de las posibilidades y las virtudes de la investigación racional independiente y personal, en ese momento los escritores y los pensadores helenos lograron ampliar el horizonte de los problemas humanos, políticos, éticos, filosóficos y culturales en general. En este sentido su literatura ofrece una oportunidad, en algunos aspectos única, para examinar las preguntas y las respuestas en torno a nuestra civilización, dentro de un cuerpo de materiales que todavía podemos emplear y completar. Lo que los griegos y los latinos nos han dejado sigue siendo rico en sus alternativas, amplio en su aplicación, contradictorio a veces, pero siempre interesante y subyugador, envuelto en el placer y en el misterio de la descubierta, válido muchas veces a causa precisamente de sus imperfecciones y de sus fallos.

Algunos de los valores de los clásicos radican no en su pretendida universalidad, sino, por el contrario, en las profundas diferencias que nos separan. No podemos leer las obras de Esquilo o de los trágicos griegos como las de nuestros grandes dramaturgos del siglo de oro, ni las obras de Virgilio tienen la misma actualidad que un autor de nuestro tiempo. Es muy útil que nosotros, formados más o menos conscientemente en una tradición romántica, dirijamos una mirada sosegada y penetrante hacia esa otra literatura clásica, de cánones fundamentalmente diversos; que consideremos cómo ha actuado o cómo ha dejado de actuar la democracia griega, dentro de pequeñas comunidades donde todos se conocían perfectamente; que estudiemos el nacimiento y la decadencia y desaparición del Imperio romano, desde unas condiciones sociales y técnicas diferentes por completo de las nuestras; que reflexionemos sobre lo que los artistas del pasado han logrado o han dejado de realizar —los templos griegos, los acueductos y vías romanas, por ejemplo—, condicionados por un control y vigilancia de la sociedad que necesariamente podrían anular todo intento de arte. He aquí la diferente perspectiva que ofrecen los problemas antiguos en relación con lo que nosotros estamos viviendo.

Pero aún hay más: los griegos y los romanos conocieron también el modo de comunicar sus ideas y sus sentimientos de una manera artística. En realidad, podemos afirmar que ellos inventaron la literatura occi-

dental. Aparte de la Biblia —recordemos de pasada la importancia que tuvo en el mundo religioso heleno la *Versión de los Setenta*— y al margen de algunos restos de poesía que nos dejó el Egipto y el Próximo Oriente, el total de nuestra literatura más antigua está en griego y en latín. Y aunque los griegos no inventaron las artes visuales, fueron ellos los que descubrieron el desnudo como forma artística. Y tanto los griegos como los latinos contribuyeron al desarrollo de las artes en muy diversas maneras que todavía conservan el poder de instruir y de agradar.

Todos los países sienten la necesidad de una reforma en la enseñanza. Tal vez en este sentido China, Japón, la India son más progresistas que el Occidente, que sigue creyendo todavía en los valores que ha heredado de la antigüedad greco-latina. Incluso si la ciencia occidental es, en cierto modo, un producto del pensamiento griego, es esta misma ciencia la que ha cambiado nuestro mundo a una rapidez y en unas proporciones increíbles llegando hasta trastocar nuestros valores antiguos. Nuestra vida actual, nuestras concepciones, nuestros ideales modernos son la expresión de unos intentos de adaptación a nuestro mundo. Un mundo que ha nacido quizás de nuestra propia inteligencia, pero cuyo desarrollo y evolución final se nos escapa de las manos, como al aprendiz de brujo. Hemos creado un mundo del que ya no somos los señores omnipotentes, un mundo hacia el cual experimentamos un sentimiento de alienación, de empobrecimiento, de soledad. La revolución industrial del siglo pasado, los cambios sociales que dicha revolución causó, la llamada revolución científica, no solamente han cambiado por entero la vida del mundo oriental —donde la penetración se ha realizado bruscamente— sino las condiciones comunes de nuestra vida europea.

En toda Europa —con la única excepción de los países eslavos— ha existido una tradición erudita ininterrumpida desde los tiempos post-clásicos hasta el siglo XIX, pasando por toda la Edad Media. Pero podemos pensar legítimamente que esta tradición está en vísperas de desaparecer rápidamente en nuestro siglo XX, a menos que los estudiosos y especialistas de la antigüedad clásica encuentren los medios para renovar y vigorizar esta tradición. En España nos encontramos en la misma situación que en los demás países europeos. El hombre europeo ha sacrificado su cultura frente a fuerzas extranjeras, y con ello ha perdido una parte importante de su propia personalidad. Aunque históricamente no se puede hablar del «eterno retorno», con todo podemos preguntarnos si un nuevo contacto con la antigüedad, adaptado a las exigencias de nuestra época y de nuestra sociedad, no es algo absolutamente indispensable para el futuro de España y de Europa.

Recordemos un aspecto muy importante. Durante muchos siglos, incluso después de la caída política de Roma, el mundo occidental ha vivido bajo su influencia, más o menos sentida pero siempre viva y eficaz. Los romanos habían llevado consigo, hasta las regiones más alejadas de sus conquistas, sus fortificaciones, sus caminos —las famosas vías romanas que han servido en gran parte para el trazado de carreteras que se han venido utilizando hasta hace muy poco—, sus templos, en una palabra, la civilización romana. Y por el mismo camino que el cristianismo dispensaba la cultura a los pueblos que evangelizaba, Roma extendía la tradición antigua de su cultura, de sus leyes, de sus creencias religiosas. A la llegada del renacimiento, los lazos históricos fueron vivificados de tal manera que el mundo culto formó un coto cerrado, donde cada uno de los miembros hablaba un lenguaje común y se sentía sustentado por las mismas ideas humanistas. El humanismo renacentista era la concreción de un estado espiritual que los literatos y los sabios profesaban y que se presentaba como el modelo ejemplar de cuantos practicaban el culto de las ciencias y de las letras.

El latín era el lazo común, la lengua de la Iglesia y de las artes. Como lazo de unión en sí misma, realizaba también un patrimonio espiritual y cultural común. Los intercambios culturales no se encontraban con las dificultades de las barreras lingüísticas, y los hombres cultos de entonces, cualquiera que fuera su origen, se podían entender en una sola lengua común. Se vivía en una patria común, limitada tan solo por la amplitud del espíritu y de la cultura. Sus fronteras se extendían cada vez más por el descubrimiento y la práctica de la lengua griega.

En nuestros días asistimos a un ataque continuo contra el latín. La reforma de la Iglesia postconciliar tiene también sus repercusiones en el cultivo de la lengua latina. Es cierto que desde Roma se insiste frecuentemente en la importancia del latín. Recordemos el impacto que produjo la *Veterum sapientia*, de Juan XXIII, al menos por un momento. Pablo VI insistió en la misma idea y fundó el Instituto Superior de Lengua Latina, en Roma. Pero en la realidad, el latín se bate en retirada en casi todos los seminarios y Universidades de la Iglesia. Y, a pesar de todo, esta lengua sigue siendo indispensable para cuantos desean dedicarse a las artes y a las letras, y no digamos nada de los que dedican sus afanes al estudio de la teología y otras ciencias eclesiásticas.

Es cierto que todas las literaturas nacionales están íntimamente ligadas con el arte popular, con las tradiciones de cada país, de cada nación, de cada época. Pero en casi todas no es difícil descubrir también un estrecho parentesco con la antigüedad clásica. Baste recordar los temas tratados por los grandes autores de los siglos XIV-XVIII, en casi todas

las literaturas europeas. Gran parte de la temática de esos siglos está relacionada con la historia latina o con la historia de Grecia: Coriolano, Andrómaca, Julio César, etc. Todo ello refleja un conocimiento y una comunidad con la literatura, con la historia y con la filosofía antigua, y hace de las frecuentes alusiones al pasado greco-latino la expresión artística de una cultura incomprensible para un hombre de nuestros días que no conozca la literatura y la cultura en general greco-romana.

Podemos llegar a las mismas conclusiones si visitamos un museo cualquiera de nuestra patria, o de otra cualquiera nación europea. Es evidente que la Biblia ha inspirado muchísimos de los temas de nuestros pintores. Es cierto también que los artistas han tomado muchos de sus cuadros de la vida ordinaria, de las naturalezas muertas, o a veces se han reducido a simples paisajistas o autores de retratos. Pero ¿cuántas de las obras no están relacionadas, más o menos directamente, con la mitología clásica? Por eso no es aventurado afirmar que el día en que no se conozca la Biblia o la historia de la Iglesia y de los santos, y cuando se haya olvidado la literatura greco-romana, difícilmente se podrán comprender y apreciar en sus justos límites las artes plásticas y literarias de nuestro patrimonio español, de nuestro patrimonio europeo. En tal caso la visita a nuestros museos resultará incomprensible, y no pasará de ser una simple visita de cortesía, carente de sentido y de amor hacia un pasado glorioso.

Pero no es la literatura, ni el material mitológico e histórico recogido de entre la literatura antigua lo que constituye exclusivamente la esencia de la tradición clásica. Creo que disminuiríamos el valor de la tradición clásica si a eso redujéramos la literatura. Podemos afirmar que cada época ha buscado y ha encontrado en la antigüedad sus propios aspectos, sus ideales nuevos, según las propias necesidades. La finalidad o el estadio final de esta búsqueda ha podido ser, en una época, la belleza formal y el ideal estético de los períodos armónicos, justamente pesados y medidos; en tal otra, el aspecto moral y ético, es decir, lo que los romanos y los helenos realizaron en su educación: la ponderación, la templanza, la integridad, la ecuanimidad, el *suum cuique*, el amor patriótico o el ideal político de la democracia ateniense o el del *ciuis romanus*.

Todos estos aspectos tomados en su conjunto, y muchos otros que los griegos conocían bajo el calificativo de *dianoia*, constituían una mentalidad, un estado de ánimo que pretendían realizar, al través de los siglos, en la educación de la juventud: la *paideia*. Según la visión y según las necesidades de la época, esta *paideia* constituyó la esencia de los programas de estudio en la enseñanza superior de todos los países de Europa. No digamos nada de Inglaterra, donde se vivía y se vive todavía

inmerso, de una manera excepcional, en la tradición clásica más rigurosa. A pesar de las diferencias nacionales, más o menos marcadas según los países, los hombres cultos se pueden comunicar siempre entre sí en virtud de la participación de un patrimonio cultural común, patrimonio que podemos considerar como la herencia espiritual de toda la nación europea.

Hay un hecho que es preciso recordar. La cultura europea, que tiene sus raíces inmersas en el estudio de la antigüedad clásica, era una cultura de minorías, como lo era la antigua cultura china. No la podemos considerar como una cultura democrática, sino que iba dirigida preferentemente a un grupo selecto, a una aristocracia del espíritu: formaba un coto intelectual cerrado. La formación clásica estaba reservada a los alumnos que deseaban proseguir sus estudios en la Universidad. Hasta hace muy pocos años, la formación clásica era la condición de acceso a las Universidades. El conocimiento de las lenguas clásicas se consideraba necesario para los estudios científicos, y constituía uno de los criterios para valorar la aptitud del candidato para esos estudios.

Posteriormente, y cuando el latín no era necesario para seguir una carrera universitaria, los Estudios Clásicos se redujeron a una prueba de talento y un indicio de gusto o de aptitud para esa clase determinada de estudios. Actualmente, tanto en España como en los demás países europeos, el conocimiento del latín y del griego ha dejado de ser condición imprescindible para iniciar estudios universitarios, con la sola excepción de algunas ramas de la Facultad de Filosofía y Letras, como es natural. No vamos a analizar ahora hasta qué punto el conocimiento del latín y del griego puede ser útil en cuanto preparación o introducción para los estudios científicos, técnicos e industriales. La práctica se ha pronunciado por la negativa.

Lo que sí nos interesa saber es hasta qué punto el latín y el griego, los Estudios Clásicos en su más amplia acepción, pueden salvaguardar nuestro patrimonio europeo. Se trata de un problema serio, de efectos amplísimos y con un significado pedagógico mucho más grande, de consecuencias incalculables para el futuro de nuestra cultura española, para el porvenir de la cultura europea <sup>10</sup>.

En nuestros días se habla incesantemente, incluso se llega a sentir como una necesidad política, económica y social, la formación de los Estados Unidos de Europa. La cultura tradicional europea, enraizada en la antigüedad clásica griega y romana, se enfrenta con esta nueva idea.

---

10. Sobre este punto es interesante el artículo de Stellwag, que hemos citado en la nota 1, y del que somos deudores en varios aspectos de nuestra conferencia.

Ahora bien, ¿podrá fundarse esta unidad en los solos intereses económicos y políticos, comunes a los diferentes estados europeos? ¿Se realizará mediante la técnica que agrupa todas las diferencias y distancias geográficas y sociales? ¿Podrá constituirse esa unidad en virtud de la identidad de programas de radio y televisión, gracias a las manifestaciones deportivas o a las competiciones atléticas, que suele transmitir la «Eurovisión»? ¿Habremos de pensar en la uniformidad de las diversiones, en las circunstancias de co-habitación, en las condiciones de trabajo, en las previsiones sociales, en la supresión de fronteras y aduanas? O, por el contrario, ¿habremos de buscar una idea común para todos los países europeos, como sucede en la República china, en las Repúblicas socialistas de la Unión soviética, o en los Estados Unidos de América? Es decir, ¿puede existir Europa en función de una idea, de una cultura, que agruparía todos los futuros Estados europeos?

Admitamos que sea así. Imaginemos que esta idea no puede concebirse sin la antigüedad. Pensemos que sin ella, Europa no será ya Europa. Supongamos que América, consciente o inconscientemente, se ve excluida. Ahora bien, si Europa no puede existir sino en estos presupuestos, no podemos por menos de constatar que esta idea, que se apoya y ahonda sus raíces en la cultura greco-romana y en el conocimiento de los autores clásicos, no podrá subsistir en los países europeos ya que solamente un porcentaje muy bajo —tal vez menos del 10%— continuaría estudiando el latín y el griego en su juventud, de acuerdo con los planes de bachillerato vigentes en la actualidad.

Por eso, así como en China fue imposible hacer revivir la vieja cultura a un nivel de minorías, y se vieron obligados a adaptar a las nuevas condiciones lo que era típicamente chino, así nosotros, vosotros los hombres del año 2000, debéis encontrar soluciones y caminos nuevos para ese futuro, no ya tan lejano. El patrimonio cultural europeo no puede ser exclusivo de una minoría. Ese patrimonio debe ser universal, y de él han de participar todos y cada uno de los niños que nazcan en esta nueva España, en esta nueva Europa, de horizontes internacionales, sin limitación de aduanas ni fronteras lingüísticas. Y ese patrimonio espiritual español y europeo es lo que ha contribuido a hacer de nuestra patria, del mundo occidental, lo que es en realidad: la *dianoia* que durante siglos ha constituido el núcleo de la civilización espiritual europea <sup>11</sup>.

No se trata de contar con algunas individualidades, formadas especialmente, sobre las que pesa la responsabilidad de la conducta española

---

11. Cf. STELLWAG, *o. c.*, pp. 37-38.

o europea. En un estado democrático, la responsabilidad corresponde a todos y a cada uno de los ciudadanos. Políticamente esta concepción de la democracia europea se va concretizando, pero pedagógicamente su realización no está todavía bien definida. En este aspecto, Atenas nos puede servir de ejemplo. Allí la finalidad de la educación era la adquisición de la responsabilidad cívica y del sentido político, tomado en su sentido original. Por eso, llevando este raciocinio hasta sus últimas consecuencias prácticas, podemos afirmar que el papel del educador, la tarea del profesor de Estudios Clásicos, debe ser conducir a los jóvenes, a los estudiantes hacia la responsabilidad política y científica, responsabilidad que deberá proyectarse hacia el cuadro de los Estados de Europa, participantes del mismo fondo de cultura. El deber de cuantos profesan los Estudios Clásicos debe ser poner de relieve el patrimonio antiguo de nuestra cultura, en este aspecto preciso de la responsabilidad cívica.

#### PORVENIR DE LOS ESTUDIOS CLASICOS

Hemos aludido antes al libro *Crisis in the Humanities*. Uno de los estudios recogidos en dicho volumen se titula *Crisis in Literary Education*, del profesor Graham Hough. El autor constata que, en la actualidad, hay una falta de interés creciente de día en día hacia las letras. A lo sumo subsiste todavía la noción de «sabio». La influencia social del literato ha desaparecido casi por completo, y tan solo queda de aquel ideal social a que aspiraba la enseñanza tradicional de las letras el concepto de «sabio», de especialista. El escritor ya no despierta interés, y carece de todo valor pedagógico <sup>12</sup>.

Está ocurriendo el mismo fenómeno entre los estudiantes de medicina. La inmensa mayoría de estudiantes penetran por primera vez en el hospital con entusiasmo, ávidos de contacto y de humanidad, orgullosos de la tarea que más tarde han de ejercer en su ministerio. Y de pronto se ven agotados por los cursos de química, de física, de matemáticas... A lo sumo, dos veces por semana pasarán una hora en las salas de los hospitales en contacto con los enfermos. Y aun esas mismas salas se les presentan como excepcionales campos de experimentación y no como lugares donde sufre el espíritu, donde yace una parte de la humanidad. Se ven inmediatamente interesados en la enfermedad y no en los enfermos. Quizás el 5% de los estudiantes que comienzan los cursos de medicina tienen la intención de dedicarse a la biología médica. Y, sin

---

12. Cf. *Crisis in the Humanities*, pp. 96-100.

embargo, el resto se ve sacrificado en sus aspiraciones más nobles a seguir cursos que no tienen interés alguno.

Por eso en la reforma de los estudios de medicina se da una mayor importancia al hombre. Y no es difícil predecir que llegará un día en que, antes de enseñar a los alumnos a establecer cromatografías y escintigramas, será conveniente iniciarlos en el análisis de los caracteres, de las debilidades y de las pasiones humanas. La carrera del médico exige una cultura general. Y sin pretender remontar anacrónicamente el curso de los años, se siente la necesidad de un humanismo frente al maquinismo frío y devorador de tantas ilusiones.

La toma de contacto y el placer de la literatura deberían formar parte del bagaje literario del hombre moderno, pero esta finalidad no se puede alcanzar con los viejos métodos pedagógicos. Por esto cabe preguntarnos: ¿No debe la sociedad moderna intentar una enseñanza nueva, una reforma completa en los métodos de enseñanza del griego y del latín? La evolución misma de la enseñanza media, ¿no está descubriendo sus lagunas y sus fallos? ¿No podríamos pensar que esta insuficiencia, palpable a todas luces, estaría compensada pedagógicamente por las lenguas clásicas? ¿No tenemos derecho a aspirar a un nuevo renacimiento en la enseñanza del griego y del latín? Creemos que la respuesta a estos interrogantes debe ser afirmativa y, por lo mismo, la crisis que en la actualidad se advierte en los Estudios Clásicos no puede ser definitiva, si no se pierde de vista el humanismo que debe presidir todos nuestros actos.

Por lo tanto no me parece improbable que la valoración unilateral de las ciencias aplicadas en nuestra vida cotidiana llegue a desencadenar una reacción contraria en nuestro subconsciente. Esta reacción podría tomar la forma de un interés renovado por la literatura y la filosofía que, en la actualidad, van perdiendo interés frente a la técnica. Se trataría de una compensación, de un contrapeso que nosotros mismos opondríamos a las tendencias demasiado arbitrarias y excesivamente técnicas de nuestro mundo. Nuestra enseñanza moderna está dominada por los aspectos formales. En las ciencias del espíritu se advierte una evolución hacia la abstracción. Las palabras de la lengua corriente se van sustituyendo por símbolos. De ahí que el estudio del arte de la palabra —el interés por los problemas de la retórica antigua va aumentando de día en día—, del empleo situacional del lenguaje pudiera desencadenar una reacción contra el empleo exclusivo de la lengua manejada casi en exclusiva por la ciencia.

La misma evolución económica de nuestra época nos permite pensar, con bastante fundamento, que seguirá creciendo el interés hacia la lite-

ratura, hacia el arte, hacia la filosofía y, en general, hacia ese fondo espiritual que se basa en última instancia en la literatura clásica. La disminución de las horas de trabajo hace aumentar, naturalmente, el tiempo dedicado al descanso, al *otium* en su más genuino sentido latino. Las máquinas realizan actividades cada vez más complejas, hasta el punto de que los computadores electrónicos se aplican ya en filología clásica. En consecuencia, el aprendizaje profesional del especialista será menos importante que la adquisición de una amplia cultura general.

La coyuntura económica de un país hace aumentar los años de la enseñanza obligatoria a todos los ciudadanos. Y junto a esto se advierte un nuevo problema que preocupa a los pedagogos: el empleo del tiempo libre <sup>13</sup>. Este problema puede reportar graves consecuencias si no se prepara suficientemente a la juventud, si no se le enseña a emplear el tiempo libre como es debido. De ahí que la pedagogía del porvenir trate de despertar entre la juventud el gusto hacia la lectura, la afición al placer artístico, la inclinación a todo cuanto se refiere a la cultura del espíritu.

En los años que han de venir hay que revalorizar la finalidad pedagógica, la *Education for leisure* que ya Spencer había mencionado en su escala de valores, aunque fuera en último lugar. El profesor de lenguas clásicas deberá considerar, en una perspectiva mucho más amplia que la actual, la finalidad y la actuación de una tarea pedagógica que ha disminuido notablemente y que podría desaparecer para siempre. Las consecuencias del problema son mucho más amplias que las que podría ofrecer la sección de Lenguas Clásicas de un Instituto de Enseñanza Media o de un Colegio-Seminario de religiosos. Urge una renovación completa en la enseñanza de las Lenguas Clásicas tal como se concibe en la actualidad.

La educación clásica del año 2000 no puede reducirse a un simple aprendizaje de la lengua griega o latina. «Saber griego y latín no constituye en sí mismo una cultura, sino la antecámara y el pórtico que conduce a dicha cultura», afirmó Hieronymus Wolf, uno de los mayores educadores alemanes de la Reforma. El latín que se enseña en los Institutos, al igual que las matemáticas, no pasa de ser un instrumento del que más tarde podrá servirse el alumno que haya aprendido su manejo. Hay que considerar la enseñanza de las lenguas clásicas como un simple instrumento. Pero hay que tener en cuenta que un aprendizaje directo es mucho más eficaz que el indirecto. En otras palabras, las pequeñas ventajas que se pueden sacar de las horas que se dedican al aprendizaje

---

13. Cf. R. G. KRAUS, *Recreation and the Schools*, New York 1964.

del latín desaparecen frente a la pérdida de otros conocimientos que se podrían adquirir en aquel tiempo, a no ser que las lenguas clásicas tengan en sí mismas un valor y una finalidad intrínseca, como sucede en el caso de los filólogos y de cuantos sienten vocación hacia la antigüedad greco-latina.

Creemos que el papel de los estudios clásicos en el año 2000 es muy diferente del que tienen en la actualidad. Vivimos en un mundo dominado por la técnica. Frente a una mayoría de hombres preocupados por los negocios de la vida, existen otros muchos que se sienten atraídos por los clásicos. Esto constituye un indicio claro de que los clásicos siguen viviendo, en nuestros días, prescindiendo del modo como son aprendidos en los Institutos o en las Universidades, al margen de la actitud de los especialistas. Homero, Virgilio, Heródoto, Cicerón, Esquilo tienen una vitalidad que difícilmente será destruída por el tiempo. Son autores que interesan, que deleitan, que tienen un significado, un mensaje para la humanidad.

El problema que se presenta en la enseñanza de las lenguas clásicas, sobre todo para el especialista, es encontrar el puente que haga asequibles los estudios clásicos a la masa de hombres que se sienten interesados por los temas del espíritu. El especialista no puede encerrarse en la torre de oro de su laboratorio, limitado al mundo de sus conocimientos: no puede hablarse del «super-especialista». Los estudios lingüísticos, las cuidadas ediciones de textos antiguos, las minuciosas y detalladas investigaciones en torno a los problemas de la cronología y de la lexicografía son esenciales y exigen una experiencia técnica extraordinaria. El desprecio por esta clase de trabajos es completamente inadmisibles. Pero todo eso no pasa de ser la «antecámara de la cultura». Un texto de Homero o de Virgilio, de la Guerra del Peloponeso o de la época de Augusto deberá ser lo más cuidado posible, pero sólo en cuanto ayuda a comprender mejor las obras de los poetas o a precisar los datos históricos en torno a una época determinada. La simple colección de datos lingüísticos, literarios o históricos, sin una relación con la vida y la realidad histórica, no pasa de ser, estrictamente hablando, sino una «rica colección de sellos». Y ¿hasta qué punto la filatelia tiene en sí misma un valor educacional?

Frente al profesional de los Estudios Clásicos surge este terrible dilema: ¿Se ha de contentar con emplear su experiencia en la preparación de unos datos, sin sentido práctico, o los ha de preparar para fines concretos, para interpretar la poesía y las ideas, el arte y las cuestiones filosóficas, los problemas históricos y sociológicos, la arquitectura, las corrientes literarias? Si los especialistas siguen encerrados en sus gabi-

netes de trabajo, no cabe duda de que el porvenir de los Estudios Clásicos no puede ser más sombrío. Pero creemos que la cultura antigua sigue teniendo su importancia para el hombre de nuestros días y para el hombre del año 2000.

El acervo cultural de un pueblo no desaparece sino con el pueblo mismo, y no podemos esperar que el griego y el latín sigan el mismo camino que el sánscrito, ya que el sánscrito nunca ha tenido una poesía del nivel de los poemas homéricos o de la *Eneida*, y nunca ha formado parte integrante de nuestra tradición ni de nuestra cultura espiritual europea. Pero el pasado no puede reducirse a un simple peso muerto de la tradición. Por eso si el pasado greco-latino, base de nuestra cultura occidental, ha de seguir teniendo un significado vital para nuestro futuro, es preciso una interpretación activa, una re-interpretación crítica, flexible, adaptada a las exigencias de nuestra vida. He aquí lo que los especialistas tienen que hacer si quieren que el estudio de la antigüedad clásica no se reduzca a un objeto, precioso sin duda, pero objeto muerto de nuestros museos.

#### LO QUE DEBEN SER LOS ESTUDIOS CLASICOS EN EL AÑO 2000

Para penetrar en el fondo de la realidad, es necesario establecer, de antemano, unos hechos o cosas que podríamos considerar como teoremas fundamentales en la historia y en el porvenir de nuestra cultura europea.

1. El conocimiento de los valores espirituales, concretizados en la tradición clásica, es importante e imprescindible no sólo para una minoría sino para la mayoría e incluso la totalidad de los alumnos de la enseñanza superior, ya sea en los Institutos, ya en las diferentes Escuelas especiales o Facultades universitarias.

2. La toma de contacto con el patrimonio antiguo, es decir, la amplitud y la profundidad, los temas y los métodos dependen, por supuesto, del tipo de escuela y de la finalidad de los alumnos.

3. Es evidente que esa «toma de contacto» no equivale a un conocimiento específico de la lengua. Con otras palabras: la ignorancia lingüística del latín o del griego no ha de ser, en modo alguno, obstáculo para la adquisición de la cultura antigua.

4. El estudio lingüístico del latín y del griego interesa solamente a una minoría de alumnos que tienen necesidad de las lenguas clásicas

para la especialización de sus estudios universitarios, o que se sienten particularmente atraídos por la filología, es decir, los futuros filólogos clásicos o profesores de latín o de griego.

No cabe duda de que hay que exigir una diferencia de niveles en la enseñanza de las lenguas clásicas. Sin embargo, entre los profesores de latín o de griego existe un grupo muy numeroso que se siente demasiado aferrado a los moldes antiguos y que se deciden por la fórmula: «O todo o nada». Dan demasiada importancia al contraste entre lo blanco y lo negro, y no admiten sino este dilema: «O la enseñanza tradicional o la ruptura completa», sin tener en cuenta la evolución que ha experimentado la metodología y las exigencias de la vida moderna. De esta postura resulta que alumnos que no sienten verdadero interés hacia un programa muy recargado, o que no están suficientemente dotados, o que carecen de tiempo para ello, no logran establecer el contacto amistoso con la cultura greco-latina. Y esto en un momento en que el interés por el arte, por la literatura y por la antigüedad en general, es cada vez mayor entre el gran público.

De acuerdo con las necesidades o con las diferentes carreras que siguen nuestros jóvenes tanto en España como en el resto de Europa, podríamos establecer los siguientes niveles en la enseñanza de las lenguas clásicas.

1. Existe un grupo muy reducido que estudia todavía el griego y el latín. Tal vez en Inglaterra, Alemania e Italia, el número de alumnos que forman esta categoría es todavía bastante elevado. Pero en España disminuye gradualmente, ya que ni el latín ni el griego constituyen una condición necesaria para ingresar en la Universidad. Por supuesto, el latín se estudia todavía intensamente en este primer grupo que comprende los alumnos de las Facultades de Filosofía y Letras, para los cuales es indispensable el conocimiento de las lenguas. Es evidente que el latín y el griego son necesarios para los que han de estudiar la filología clásica, y que más tarde serán los profesores de lenguas clásicas en nuestros Institutos y en las Universidades, o los futuros investigadores y especialistas de la antigüedad greco-romana.

2. La segunda categoría se compone de los estudiantes de los Institutos que cursan, tal vez, el latín y el griego, pero que luego se dedicarán, por causas o circunstancias diversas, a Ciencias Sociales, a Derecho y carreras afines. A éstos apenas si les interesa el aspecto lingüístico de los Estudios Clásicos como tal, sino que deben sentirse atraídos por el contenido, por el aspecto literario o estético, histórico y filosófico. En este grupo es muy útil un estudio intensivo de la antigüedad. Pero es

mucho más importante que adquiriera una orientación más amplia, gracias al estudio del contenido, de la literatura, de la filosofía, por medio de una introducción más general a los principales temas de la cultura antigua.

3. Hay otro grupo: los que estudian ciencias, medicina, arquitectura, etc. Para éstos también es de desear una introducción literaria y cultural e histórica, que en modo alguno exige un conocimiento lingüístico de las lenguas clásicas.

4. Queda, finalmente, el grupo más importante en número de los que no seguirán estudios universitarios. Para éstos somos partidarios de una introducción análoga a la que hemos indicado en el grupo anterior. Es evidente que esta introducción sería más simple, más fácil de asimilar. Habría que aspirar a que cada uno de los españoles, cada uno de los futuros ciudadanos de los Estados Unidos de Europa, estuviera capacitado para formarse una idea de la potencia de la cultura antigua que ha condicionado, en gran parte, nuestra vida occidental. Podrían de esa manera darse cuenta de que los vestigios de esta aportación cultural constituyen todavía, en nuestros días, el componente específico de la cultura europea, contrariamente a lo que sucede con la cultura oriental e incluso con la cultura heteroclítica del pueblo americano.

¿Cómo se podrían realizar estos proyectos en la realidad? ¿Cómo deberán realizarse en el año 2000? Creo que hay que terminar de una vez para siempre con la idea de que las traducciones son perjudiciales para el aprendizaje de las lenguas clásicas. La manía contra las traducciones, a que hemos aludido al principio, es una opinión muy metida en el espíritu de los especialistas. Creemos que esa opinión ha debilitado inútilmente la enseñanza de las lenguas clásicas. ¿Es que se quiere reservar la práctica y el conocimiento de los Estudios Clásicos a una carta escogida, y hacer del griego y del latín una especie de misterio, accesible tan sólo a los iniciados? Si no queremos perder la influencia mínima que todavía ejercemos los profesores de los Estudios Clásicos, necesariamente hemos de cambiar de postura. Si se juzga de la extensión de un patrimonio cultural según los métodos de enseñanza, hemos de aprovechar al máximo las ocasiones que esos métodos nos ofrecen todavía en nuestros días.

Se dice con frecuencia que hay que prohibir el empleo de las traducciones, porque ninguna traducción refleja por completo el original. Admitimos gustosos que la traducción muy raras veces llega a descubrir todos los matices del original. Pero ¿es que el alumno puede llegar a

captar el verdadero sentido del texto latino o griego, al través de la traducción, con frecuencia rudimentaria, que le da el profesor o que escucha de boca de sus compañeros? El profesor mismo debería ser poeta para poder captar en su traducción la esencia misma del texto poético. Todos sabemos las dificultades que encierra la lectura en clase de una tragedia griega en el texto original, sobre todo en lo que se refiere a los coros. Ahora bien, una buena traducción permite, entre otras cosas, hacer resaltar algunos matices que quizás de otra manera pasarían inadvertidos.

Desde este punto de vista consideramos importante el papel que juegan los clásicos en las versiones y ediciones populares. El gran público lee estas ediciones, las compra, pero siente siempre la necesidad de una interpretación para penetrar en el sentido y en el mundo de la antigüedad clásica. Los autores griegos y latinos están al alcance de todos. El mensaje y el sentido espiritual de su literatura está más cerca de nosotros que otros libros, cronológicamente no tan distantes. Experimentamos una afinidad mucho más intensa frente a un texto de Homero o de Virgilio que ante la lectura de muchos autores del siglo pasado.

Actualmente la antigüedad es accesible a todos. Pero esta toma de contacto no puede reducirse a una serie de cosas más o menos llamativas, análoga a las curiosidades que atraen la atención de los turistas durante sus vacaciones. Para ello hace falta una preparación cuidada, un entusiasmo que sólo el especialista de los estudios clásicos puede suscitar.

La introducción al patrimonio clásico no puede ya limitarse a los productos literarios que contienen los programas escolares tradicionales. Hay otras muchas cosas que hay que leer, aunque no estén escritas en latín ciceroniano. No se trata de captar las bellezas de una lengua que ya no se emplea, sino en contadas ocasiones. La tarea de los profesores de lenguas clásicas no puede limitarse a enseñar latín o griego. Deben esforzarse sobre todo por hacer asequible el mensaje de la antigüedad, ya en el original ya en la traducción. No solamente los universitarios, sino todos los que pueden gloriarse de un pasado glorioso tienen derecho a recibir este mensaje.

¿Hace falta en nuestros días conocer el latín o el griego para captar el mensaje de las *Confesiones* de san Agustín, o para apreciar las ideas de los *Diálogos* de Platón, o para gustar las situaciones dramáticas de las *Tragedias* de Esquilo, Sófocles, etc.? El hombre culto no siempre lee las obras francesas en su original, aunque posea un conocimiento profundo de esa lengua. ¿Cuántos de los españoles leen la *Divina Comedia*, o las obras de Pirandello o de Papini en italiano? Estamos acostumbrados a leer muchas obras en la traducción española. ¿Por qué hemos de empe-

ñarnos en que nuestros alumnos lean las obras maestras de la literatura greco-latina en su original? Lo que sí exigimos es una introducción que facilite la comprensión del texto, del ambiente, de la historia. Pero nada más.

En lo que llevamos ya indicado podemos ver cuál es la tarea del profesor de los estudios clásicos del año 2000. Pero no termina ahí. El estudio de la antigüedad contiene algo más que filosofía y lingüística, es algo más que filología y vocabulario. Queda todavía la escultura, la cerámica, la arquitectura, todo ese mundo de piedra que sigue hablando al hombre del siglo xx, al hombre de todos los siglos.

Por eso creemos que el plan de estudios clásicos del año 2000 debe dar mayor importancia a estas disciplinas. No han de ser consideradas como un capítulo aislado que se estudia en este o en aquel año del bachillerato. No se trata de detenerse en las curiosidades como hace el turista moderno que visita la Acrópolis entre dos aviones, o el Museo del Prado aprovechando dos horas de estancia en Madrid. Hemos de considerar la arquitectura griega y romana como la materialización de unas respuestas a ciertos problemas estéticos. Podríamos definirlos como problemas de equilibrio y de armonía, como testimonios concretos de un intento de acercamiento a la forma pura. Este aspecto puede tener un resultado civilizador para nuestra España futura. Puede abrir los ojos a una juventud que, a falta de otras cosas mejores, cultiva un «aformismo» causado por la carencia de una formación juiciosa.

La tarea y el porvenir de los estudios clásicos no ha de consistir en sacar de nuestros museos los restos de una cultura. Si efectivamente quieren sobrevivir a la crisis que advertimos por doquier, deben hacer revivir la antigüedad clásica en el mundo moderno, en las actuales circunstancias y exigencias. Deben presentar el patrimonio antiguo como una manera peculiar de vida —condicionada históricamente, por supuesto—, como una forma de expresión que se prolonga todavía en nuestros días, en sus ideas, en sus palabras y en sus ideales.

No podemos limitarnos a ver estas cosas porque son curiosidades de un pasado lejano, o porque hemos tenido la suerte de estar a dos horas de Roma o a tres de Atenas, o porque podamos pasearnos por el Foro romano, o por el ágora ateniense. Hemos de estudiar este pasado que sustenta gran parte de la cultura europea, porque es responsable de nuestro mundo contemporáneo, de vuestro mundo del año 2000; porque nos ha hecho lo que somos en la actualidad; porque somos sus descendientes directos, y porque en pleno siglo xx podemos vivir todavía el producto más característico de la literatura griega, la tragedia, como una situación contemporánea y personal.

Las crónicas de los periódicos nos refieren ejemplos innumerables de la proximidad de la tragedia griega. La representación de una tragedia griega sigue transmitiendo de la manera más elocuente el mensaje que el pueblo heleno ha anunciado al hombre de todos los tiempos. La representación teatral posee un carácter de realidad, superior a cualquier otra expresión artística, de la que sólo podríamos admitir una excepción: la adaptación cinematográfica de *Electra* que muchos de vosotros habréis visto seguramente. Hay que subrayar que la tragedia fue la obra de los griegos, y que se desarrolla en Grecia donde el pasado sigue siendo más vivo que en ningún otro país. La juventud moderna, como la juventud de todos los tiempos, siente todavía la «katharsis» que encierra siempre la representación de una tragedia. Las varias representaciones de obras clásicas que nos ha ofrecido la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, en ocasión de los tres Congresos Nacionales de Estudios Clásicos, las diferentes representaciones de los teatros griegos o romanos de Mérida, de Agrigento, de Tarragona, etc., hacen vibrar el aire libre con la emoción y los aplausos de los espectadores, jóvenes en su mayor parte, cautivados por la trama de la tragedia.

Para el futuro creemos que la super-especialización resulta una pura utopía, y el monopolio que en algún tiempo ostentaron las lenguas clásicas ha desaparecido para siempre. A la vista de estos dos hechos, los profesores de los estudios clásicos deben enfrentarse con la realidad, con la necesidad de revisar sus programas de enseñanza para salir al paso a las necesidades de una juventud que el día de mañana serán ingenieros, o historiadores, o médicos, o arquitectos, o políticos y hombres de estado, y que no deben ignorar lo que ha representado y sigue representando siempre el pasado cultural greco-romano.

No hemos de preocuparnos demasiado de la disminución constante de las horas consagradas a la enseñanza de las lenguas clásicas, a condición de que los especialistas y profesionales de la enseñanza se den perfecta cuenta de que la transmisión del patrimonio cultural de la antigüedad no está ligada en modo alguno a la enseñanza de la lengua. Por el contrario nuestra época, y con mayor razón los años sucesivos, ofrecen la posibilidad de hacer asequibles al público en general los aspectos esenciales de la cultura antigua y su significado para los pueblos europeos. Creemos que el interés por el mundo clásico ha de existir siempre. El deber del educador, del profesor, del especialista del año 2000 será aprovecharse de ese interés general para obtener el mayor efecto pedagógico posible.

## LOS VALORES ETERNOS DE LA ANTIGÜEDAD

Aunque las perspectivas para el futuro no sean del todo risueñas, los estudios clásicos no pueden desaparecer. Nótese que no hablamos de los estudios clásicos en cuanto meros instrumentos o vehículos de transmisión de una cultura, como cualquier otra lengua. En toda esta conferencia hemos distinguido el aspecto lingüístico del griego y del latín del fondo cultural que se encierra en la antigüedad greco-romana. Si ésta parece en trances de morir para nuestros jóvenes cuando la estudian en la escuela, en gran parte se debe a los que tienen la obligación de hacérsela amable y que, a fuerza de escrúpulos profesionales, la han convertido en una momia más de nuestros museos. Ha ocurrido lo mismo con muchas de nuestras vírgenes españolas que, ennegrecidas por el humo de los cirios, han terminado ocultando las bellezas de sus talles con el barroquismo de los vestidos.

Creemos que la iniciación a la antigüedad debe comenzar por un conocimiento preciso de nuestro tiempo y de nuestras necesidades. Cada época tiene sus preocupaciones y sus gustos. En nuestros días se intenta vivificar la antigüedad, revivir un pasado glorioso. Para eso debemos infundirle nuestra propia sangre. No basta con hacer correr por sus venas una linfa empobrecida. El único medio de comprenderla es restituirla su propia realidad, acercándola a la nuestra. No se trata de cubrirla con unos convencionalismos que ni siquiera son antiguos ni verdaderos, sino que hay que desnudar nuestro pasado de todos los vestidos que los siglos han ido colocando para tapar la pátina de los siglos.

La antigüedad clásica, antes de nada, antes de reducirse a una serie de libros que han llegado hasta nosotros, está formada por hombres, semejantes en todo a nosotros, hombres que han vivido, que han sufrido, que han soñado como nosotros, de la misma manera y por las mismas razones que nosotros. Han realizado las mismas experiencias, se han presentado los mismos problemas que nosotros. Si las soluciones que ellos dieron a sus problemas no nos convienen a nosotros porque la historia no se repite, sus experiencias nos pueden ayudar, nos pueden instruir, y en ellas podremos ver el modo cómo portarnos.

Lo que nosotros hemos de sacar de la antigüedad es el espectáculo del esfuerzo y de la vida, de una vida tan cercana a la nuestra que este mismo parecido al través de los siglos debe ya por sí mismo ser un buen tema de contemplación para los espíritus ávidos de conocer. La antigüedad es el espejo en que nosotros nos vemos reflejados, pero con unos coloridos y matices formados en las profundidades de nuestros sueños y de la poesía. Lo que surgirá a nuestros ojos será tal vez una novela,

pero una novela verdadera, vivida: una novela que tiene todos los encantos de la novela junto con los de la verdad y de la realidad.

El estudio de la antigüedad no puede reducirse a una mera distracción para espíritus desocupados, para conservadores de museos, pedantes de la cultura. El hombre del siglo xx, el hombre del año 2000 puede ver en el espejo de la historia lo que él es, lo que él será. O si prefiere podrá estudiar su propia época y verá cómo surgen las sombras de los que le han precedido. Y es que los antiguos eran hombres con el mismo temperamento y las mismas pasiones. Su existencia se diferenciaba sin duda de la nuestra, pero más bien por sus matices externos. Ellos no poseían lo que el hombre moderno ha conquistado de la ciencia, pero estos inventos modernos no cambian demasiado nuestra vida.

La antigüedad sigue y seguirá estando presente en nuestra cultura no precisamente por los parecidos más o menos claros con la vida moderna, por las coincidencias con nuestra época. El valor de los griegos y de los romanos consiste en que han sabido superar las contingencias del tiempo y del espacio, y han logrado la región de lo eterno y duradero. Por eso no podemos contentarnos con amar las riquezas de su arte y la novedad de sus colores. Preocupados del destino terreno y sobrenatural del hombre, hemos de captar, bajo el decorado que cambia, las formas eternas de la condición humana.

Ante nuestros ojos, prendidos en la admiración del pasado, desfilan los personajes universales de la historia greco-romana que *quasi cursores uitai lampada tradunt*, a lo largo de los senderos más oscuros de nuestra existencia. En la historia de nuestra vida, como en la vida de todos los hombres existen momentos que difícilmente se pueden separar de los héroes reales o imaginarios de la antigüedad. Y es que estos personajes, de una vez para siempre, han encarnado en su suprema perfección la alegría, el dolor, las pasiones, los problemas de la humanidad.

Si al través de todos los siglos el personaje de Antígona sigue ejerciendo el mismo influjo y despertando la misma simpatía, se debe a su admirable poesía, pero sobre todo a que el poeta griego ha sabido expresar, por primera vez, algunas de las ideas morales más elevadas que pueden anidar en el corazón humano. Frente a la sabiduría terrena, frente al buen sentido que para algunos puede representar el límite infranqueable de la humanidad, la doncella tebana ha encarnado la figura inmortal del Ideal, no la quimera que mata a cuantos a ella se cercan, ni la esfinge que oculta en su sonrisa la insaciable inquietud, sino la fe tranquila, la certeza divina que eleva y fortifica. Frente a los prejuicios de toda índole y al margen de motivos aparentes, morir cuando el deber lo exige, sacrificar el interés material, e incluso lo más sagrado de la persona: la fami-

lia, el amor, la patria misma, en aras de una ley más noble, una ley que tal vez no existe pero que se creará en nuestro sacrificio, he ahí la sublime lección que a todos los hombres da el personaje de Antígona.

Y esta lección de moral y de vida la podemos encontrar en casi todas las manifestaciones de Grecia y de Roma. En Hesíodo que nos enseña la necesidad del trabajo y de la justicia. En Heródoto que proclama los horrores de la guerra «porque en tiempos de paz son los hijos los que entierran a sus padres, mientras que en la guerra son los padres los que entierran a sus hijos». En Demóstenes que sacrifica todo ante el honor nacional. En Sócrates que eleva la noción de humanidad más allá de las fronteras de la patria.

Si los latinos y los griegos nos dan sobre todo lecciones de moral práctica y utilitaria, de civismo y de moderación, si nos enseñan a contentarnos con lo que tenemos, ya es algo. Pero es que podemos encontrar allí ideas más nobles y capaces de satisfacer las exigencias de espíritus más delicados. Difícilmente encontramos una ternura y una piedad más profunda, un amor más noble hacia la humanidad entera que en Virgilio. Tal vez no hay autor que deje traslucir la exaltación del sentimiento patriótico con más autenticidad que Tito Livio. Quizás en ningún otro autor el amor de la virtud —aunque sea la virtud natural— se expresa en términos más estupendos que en Cicerón, en el *Sueño de Escipión*. No podemos por menos de sentir admiración hacia los latinos cuando leemos que el mismo Cicerón, en plena guerra civil, en pleno desbordamiento de las iras y de las pasiones, afirma que la justicia hacia todos, enemigos o vencidos, es un deber absoluto, o cuando declara que el Imperio Romano debe ser "*patrocinium*" *orbis terrarum uerius quam "imperium"*.

Pero más aún todavía que las lecciones de moral teórica, hay otra cosa que podemos sacar del estudio de los antiguos, y que es independiente del tiempo: es su experiencia, los juicios sobre los hombres y sobre los hechos de la humanidad. Por eso, que la consideremos como un simple espectáculo pintoresco, o como la maestra del pensamiento y de la vida, o que juntemos estos dos aspectos, la antigüedad sigue siendo la misma, siempre viva y digna de nuestro estudio y de nuestro interés<sup>14</sup>.

Cuanto más avancemos en el tiempo tanto más se nos abrirán las perspectivas de la antigüedad clásica y con más amplitud y profundidad

---

14. Acerca de los valores de la antigüedad puede leerse un libro, que sin mayores pretensiones críticas, se lee con el interés de una novela. El autor ha prescindido de todo aparato científico y se ha limitado a despertar en el lector la afición hacia los clásicos: P. BARRIERE, *L'Antiquité vivante*, Toulouse, s. a., parece ser del año 1932.

nos hablarán sus monumentos, al igual que un bello paisaje se agranda en sus maravillas a medida que nos elevamos sobre la montaña que lo domina.

Jacques Perret escribió hace años un libro<sup>15</sup> acerca de las relaciones entre el latín y la cultura. De este libro hemos querido escoger algunas ideas como el mejor final para cuanto llevamos dicho. La autoridad del Profesor de Latín, en la Sorbona, constituye la mejor garantía de lo que hemos afirmado acerca del porvenir de los estudios clásicos y, más concretamente, del latín.

No es fácil pronosticar el porvenir del humanismo clásico. El futuro le reserva, sin duda, agradables y penosas sorpresas. Y como siempre son éstas últimas las que primero se presentan a nuestra reflexión. Si es que el latín vive todavía, si los estudios latinos pueden todavía proporcionar los elementos de una cultura, es que el mundo latino, la literatura latina siguen estando todavía muy cerca de los orígenes de nuestra civilización, y es que de una manera ininterrumpida se han ido tejiendo nuevos lazos entre este universo latino y las etapas sucesivas de la evolución del Occidente, hasta el punto que estas etapas dejan de ser verdaderamente inteligibles y cesan de cobrar toda su densidad cultural si no las colocamos sistemáticamente en la historia de esta simbiosis de lo antiguo y de lo moderno.

Pero no hemos de olvidar que estos orígenes latinos se van alejando de día en día. El mundo moderno a medida que se aleja se va explicando menos en función del mundo antiguo, y más en virtud de las nuevas e innumerables creaciones que intervienen en su propia historia. Pero hemos de tener confianza: nada desaparece absolutamente. A lo sumo en la base de toda cultura y de toda tradición se amontonan nuevas aportaciones extranjeras. Y, en el fondo de todas las destrucciones seguirán viviendo los vestigios antiguos, siempre numerosos, siempre atrayentes, que siguen hablándonos con el silencio de su historia.

El latín, como lengua, ha muerto de muerte lenta y real por la extenuación progresiva de los que allí buscaban un medio de expresión. Pero la cultura latina sigue viviendo todavía para los que allí buscan un método de vida y una base fuerte en que asentar la cultura tambaleante de las nuevas generaciones. La literatura griega ha vivido vuelta hacia Homero; la latina, vuelta hacia la literatura griega, las literaturas

---

15. *Latin et culture*. Sentimos no poder dar los datos bibliográficos completos, ya que no aparecen en la obra. Solamente indicamos la editorial: Desclée, De Brouwer. El libro aparece impreso por la Société St. Augustin, de Bruges, Bélgica.

modernas vueltas y sometidas —feliz sujeción que ha sido tantas veces fuente de nobleza y de alegría y fundamento moral de su cultura— a las literaturas antiguas. ¿Quiénes podrían sustituir dignamente a los autores latinos en su función de clásicos por excelencia, junto con los griegos?

Si al través de la historia ha habido tres momentos<sup>16</sup> en que el latín ha jugado un papel importantísimo y decisivo en el porvenir de la civilización occidental, podemos confiar en que el porvenir de nuestra cultura mirará también hacia los clásicos. Si en esas tres ocasiones no hacía falta mucha imaginación para adivinar que la cultura antigua estaba ya «desfasada» y sus virtudes agotadas, ¿no podremos igualmente pensar que en esta nueva encrucijada de nuestra cultura occidental todavía le cabe al latín la función de salvaguardar los valores imperecederos del espíritu europeo?<sup>17</sup>

Para ese mundo que se proyecta en el año 2000, con toda la serie de cambios que podemos ya atisbar, los estudios clásicos pueden y deben proyectar haces de luz, y los autores clásicos seguirán siendo nuestros guías espirituales, al lado de los valores insustituibles del Cristianismo. Lo que el mundo en que habéis de vivir necesita en primer lugar, no sólo en lo que se refiere a la educación, sino en todo lo que se relaciona con el complejo funcionamiento de la vida, es humanismo, es conciencia de su propio pasado, fe y confianza en el futuro, sentido de la verdad, de la belleza y de la alegría. ¿Y dónde mejor que en los autores clásicos podremos encontrar todo eso? Y es que el valor humano de las grandes obras de la antigüedad es no sólo imperecedero, sino también y sobre todo, insustituible.

JOSE OROZ RETA, O. A. R.

---

16. Cf. E. FARAL, *Discours prononcé à la Société des Etudes Latines pour la séance de rentrée du 9 décembre 1944*, citado por Perret.

17. J. PERRET, *Latin et culture*, pp. 276-283.